

A ese tiempo también, por el Ocaso
 Y hacia el Norte se empeña otro combate
 Al ir llegando los pesados trenes
 Cerca del cerro de San Juan: un grupo
 De nuestros guerrilleros escuadrones
 "Alto" dicen al pérfido enemigo
 Al lanzarse sobre ellos con bravura,
 Y con tal rapidez, con tanta fuerza,
 Que no le dieron tiempo al enemigo
 Ni para calcular aquel empuje.
 Al verlos ellos con veloz carrera
 Retroceden, mas luego avergonzados
 Vuelven á organizarse, abren un ala
 De tiradores á caballo: en tanto
 Los nuestros en dos alas se dividen
 Como en un semicírculo, buscando,
 Para envolverle, al enemigo audace.
 Aureliano es el jefe que su á frente,
 Y empuñando su lanza matadora,
 Anima la batalla. Allí los turcos
 Descargando sus rifles, arremeten
 Desenvainando sus alfanjes curvos;
 El rifle mexicano les contesta
 Y con lanza después les amenaza:
 Se extiende su columna; nuestras fuerzas
 Obran un movimiento repentino
 Y envuelto queda el invasor; y luego
 Se traba una batalla aterradora,
 Se confunden doquier los luchadores
 Entre el humo del rifle y entre el polvo
 Que levantan los árabes caballos;
 Y nada se distingue, se perciben
 Apenas por las rojas banderolas,
 De Aureliano los fieros luchadores.

; Viva México! gritan nuestros héroes;
 ; Viva el Emperador! gritan los galos;
 Las lanzas, y los rifles, las pistolas,
 El curvo alfanje y la brillante espada,
 Todas las armas juegan; se confunden
 Los ecos del silbido de las balas
 Con el chasquido de la férrea lanza,
 Con el zumbido de la reata fuerte,
 Con el sonido del templado acero!
 Todo en dudosos gritos se confunde.....
 Ya quieren las columnas que á lo lejos
 Ven esa lucha, organizar combate;
 Ya de la plaza la reserva quiere
 Hacer un movimiento; mas la noche
 Pone término al fin á la batalla.
 Los zuavos, unos corren presurosos;
 Otros tendidos en el campo quedan;
 Y algunos á la voz de ; viva México!
 Se pasan á las filas mexicanas.

Queda Aureliano vencedor: y luego
 Levantando del campo á los heridos
 Y á los muertos de ambos contendientes,
 Se retiró dejando amedrentados
 A esos valientes genios de la guerra.

La noche se acercó sombras tendiendo
 En toda la extensión del horizonte,
 Y Ortega, que ha mirado la batalla
 Desde la cima de Loreto, ansioso
 Espera al vencedor, á quien saluda
 A nombre de la patria entusiasmado,
 Mientras el joven con modesto acento
 Solo le dijo al general en jefe:

— “Mi deber he cumplido; os felicito
 “Porque al primer empuje de los francos
 “Hemos escarmentado su osadía.”
 — Bien, general, cumplisteis como bueno;
 La patria agradecida os reconoce
 Y vuestro nombre guardará contenta.—

En la noche doquiera se redobla
 La vigilancia; la reserva lista
 A la voz esforzada de Negrete
 Renueva sus promesas entusiastas,
 Y en todos los semblantes se descubre
 El contento inmortal de la victoria.

Cuatro veces apenas el alerta
 Del centinela resonado había,
 Cuando un grupo del pueblo fatigado
 Conducía un soldado de la Francia
 Que á favor de las sombras de la noche
 Dejó sus filas y salvó las puertas
 De la ciudad, en medio del peligro.
 Llega ante el general que le recibe
 Con benigno semblante y placentero,
 Y así el francés prorrumpe: “Jefe ilustre,
 “He pasado la tarde en el combate,
 “Y entre la confusión de la batalla
 “Fingí herido caer, y calculando
 “Que ya la noche rápida venía,
 “Admirando el valor del mexicano,
 “Yo quise abandonar á los cobardes
 “Que han traído á este pueblo generoso
 “La asolación, la muerte y el espanto:
 “Yo soy francés, mas odio á esos franceses
 “Que luchando con pérfida ventaja

“Doble número llevan á la guerra
 “Del que dicen que lucha: sus banderas
 “Cobardes las ocultan cuando la hora
 “Suena de la batalla formidable;
 “¡Tienen razón! al fin nunca defienden
 “La gloriosa bandera de la Francia.”
 Quedó un rato en silencio, conmovido,
 Y oyendo las preguntas impaciente,
 Así responde con acento firme:
 — “Mil soldados quisieran las banderas
 “Abandonar del invasor, dejando
 “Para siempre los galos batallones,
 “Siguiendo las ofertas generosas
 “Que nos dirige el pueblo mexicano.
 “Una vez encontramos en las tiendas
 “Una proclama que amistad brindaba,
 “Y así decía, el jefe del Oriente:
 — “Soldados de la Galia! á hacer la guerra
 “Venís á un pueblo generoso, amigo:
 “Que siempre os ha llamado sus hermanos,
 “Venís á combatir á un pueblo heroico
 “Que há más de ocho lustros que defiende
 “Su independencia y libertad gloriosas.
 “Cuando la noble México en un día
 “El yugo sacudió de sus señores,
 “Abrió sus brazos á los hombres todos
 “De todas las naciones de la tierra,
 “Les ofreció sus fértiles campiñas,
 “Les ofreció sus encumbrados montes
 “Donde el oro y la plata se fecundan;
 “Les brindó del trabajo con las fuentes
 “Y les dió de sus leyes el amparo:
 “Hermanos, arrojad sobre la frente
 “Del despotismo vuestras limpias armas;

" Venid, que nuestra patria hijos os dice;
 " Aquí el tesoro está del universo.
 " ¿ Qué hemos hecho á la patria napoleónica
 " Para que tienda el luto en nuestro suelo ?
 " Esas maldades y supuestos crímenes
 " Que dice que en América cometen
 " Estos pueblos que llaman pueblos bárbaros,
 " ¿ No se ven en Europa que há cien siglos
 " Goza de ilustración la luz divina ?
 " ¿ Qué no hay bandidos en la culta Europa ?
 " ¿ Qué en Europa no existen asesinos ?
 " ¿ No se conspira en Francia, no reclaman
 " Los pueblos de la Europa sus derechos ?
 " ¿ Qué quiere Napoleón, á qué os envía ?
 " ¿ Por qué lejos del suelo en que nacisteis
 " Vais á dejar tal vez vuestras cenizas,
 " Que á ver no volverán los tiernos ojos
 " De una madre querida, de una esposa,
 " De un padre cariñoso, de un tierno hijo,
 " De una amante infeliz, abandonada ?
 " ¡ Ah, franceses ! venís como instrumentos
 " Ciegos de la ambición, del despotismo,
 " Del agio y la perfidia ! Las ideas
 " Que México sostiene son las mismas
 " Que Francia proclamó cuando gloriosa
 " El yugo sacudió del fanatismo
 " Hace media centuria y cinco lustros.
 " ¿ Venís á destruir vuestra obra misma ?
 " La misión del ejército de Francia
 " Debe ser libertar á los esclavos:
 " Ya esta misión magnífica cumplisteis
 " En las hermosas tierras del Oriente,
 " Cuando vencer supisteis en Crimea !
 " Y asesinar en México queréis

" La libertad sagrada de los pueblos !
 " Oid el grito que conmueve al mundo;
 " Dejad las armas, y un abrazo estrecho
 " Contentos os darán los mexicanos !
 " Si insistís, verteremos nuestra sangre
 " Antes que soportar la tiranía ! "

Estas palabras, dijo el fugitivo,
 Han conmovido á los franceses todos,
 Pero los jefes vigilantes forzan
 Más y más su cuidado en el ejército. —
 El general atento contemplaba
 A aquel soldado de figura atlética,
 De semblante tostado por el humo
 De los combates, y al mirar sus ojos,
 Y al mirar una lágrima expresiva
 Que asomó en sus párpados quemados,
 Con franca aceptación así le dijo:
 " Ingresad en las filas mexicanas
 " Si quereis; libre estáis. Los mexicanos
 " Saben recompensar á los valientes."

Dijo, y partió veloz al campamento
 A renovar las órdenes nocturnas.

La noche iba avanzando lentamente
 En profundas tinieblas sumergida,
 Pues que era de la luna el postrer día:
 Esa noche los francos sitiadores
 En actitud se ponen vigorosa,
 Y el mexicano alerta, la hora ansiaba
 En que medir su bélico entusiasmo:
 Los contendientes de una y otra parte,
 Las horas calculaban por el eco
 De su fogoso corazón que late.

Tenebrosa la noche caminaba
 Y el brillo de los astros parecía
 Más rutilante por las densas sombras
 Que envolvían el cóncavo hemisferio:
 Nada el silencio interrumpía; sólo
 Al mirar de las luces de Bengala
 El color rojo, se sentía el ruido:
 Del alerta sonoro del soldado
 Ya no sonaba el eco. El solo anuncio
 Del pensamiento de los jefes era
 La luz de los cohetes que subían;
 También allá á lo lejos, en contorno,
 En los multiplicados campamentos
 Del sitiador ejército, se miran
 Mil fogatas de vívidos fulgores;
 Como allá en el desierto en noche obscura
 Tiende el árabe nómada sus tiendas
 Junto á las palmas que el simoun azota,
 Y en rededor con profusión agita
 Haces de hojas y troncos, que con fuegos
 Alimenta: entretanto huye la noche
 Y así del beduino se liberta;
 Y así como en los bosques tenebrosos
 Y sabanas de América, el salvaje,
 Para ponerse á salvo de las fieras
 Que habitan en sus selvas dilatadas,
 En torno á sus aduares amontona
 El aloe que incendia mientras duerme;
 Así en los campamentos que circundan
 A Puebla invicta, el extranjero pone
 Mil fogatas que alumbran sus reales.
 Más allá del zenit, al Occidente,
 Las Pléyades bajaban caminando
 A su ocaso: entretanto todo calla
 Como en el triste asilo de la muerte.

Cerca de media noche, cuando el brillo
 De la luz de la torre aparecía
 Como señal de vida, allá en la casa
 De Elena aún hay quien vele meditando.
 Por la primera vez en esa noche
 Cantaba el gallo vigilante apenas,
 Cuando enmedio al jardín, entre el follaje,
 Un ligero rumor se percibía,
 Que repitió la fuente. Era que Herlindo,
 Su campamento triste abandonando,
 Recordaba de Elena el anatema,
 Y aun dudaba su ardiente pensamiento.
 Atravesó la espléndida llanura,
 Y dejando sus armas en un árbol,
 Pasó un arroyo, una barranca, un prado,
 Y saltó el foso y escaló la reja,
 Y penetró al jardín donde cien veces
 Horas de amor gozó junto á la hermosa
 Que era el único encanto de su vida.
 Silencioso, cuitado, lentamente
 Se dirigió á la fuente arrulladora
 Que tantas veces le miró contento,
 Que tantas veces escuchó sus voces
 De amor y de entusiasmo y de ventura:
 Ya pensaba mirar sobre del césped,
 Envuelta en blancas telas, reclinada,
 A Elena ansiosa, que esperaba á Herlindo,
 Amorosos reclamos dirigiéndole:
 Llega cerca la fuente, y no percibe
 Aquel fantasma halagador: se para,
 Recorre con su vista indagadora
 El florido pensil por todas partes,
 Y nada ve; sus ojos, se fascinan;
 En vez de arbustos y árboles, parece

Que ve espectros de formas gigantescas
 Y de aspecto terrible; en vez de alfombra
 De flores y verdura, ven sus ojos
 Cadáveres sangrientos, arrojados
 Aquí y allí, y aun el rumor del agua
 Le parece una voz entristecida,
 Que dice á su conciencia: "La ventura
 "Del traidor en el alma no se abriga."

— Y allí sobre ese césped, se decía,
 Allí la miré yo..... junto á ese arbusto
 Estaba yo cuando su voz me dijo:
 "Aléjate de mí; soy mexicana,
 "Herlindo, yo desprecio á los traidores!"
 ; Y no puedo creerlo..... Elena..... Elena!
 ; Y no puedo llorar! ; Y en mi garganta
 Siento un dogal pesado que me ahoga!.....—
 Dijo, y cayó en el césped oprimiendo
 Con sus manos su frente que se abrasa:
 Quedó en silencio, extático, apoyado
 En aquel sitio mismo donde Elena
 Le esperaba gozosa en otros días.....
 Y cual de un rayo herido permanece.

Le hubiera sorprendido la mañana
 Tal vez en ese éxtasis terrible,
 Si el canto funeral de la lechuza
 Y del siniestro buho, á sus oídos
 No hubiera penetrado con espanto.
 — Es verdad, es verdad, dijo gimiente,
 La razón recobrando: sí, no hay duda.....
 Ese canto fatídico y monótono,
 Es el fúnebre canto que me anuncia
 Que he muerto para Elena y para el mundo!

Yo soy traidor! Cadáver para la honra
 De la cruel sociedad que me maldice;
 Ya no hay remedio: no, morir yo debo
 En medio del combate: más ; qué importa
 Que luche como héroe en la batalla,
 Si no ha de reflejar en mi sepulcro
 Ni un rayo de la gloria esplendorosa?
 Ignorado, en la escoria confundido!.....
 Ojalá á Dios plugiese que así fuera!.....
 Al menos ignorárase mi nombre.....!
 Pero execrado..... maldecido..... Elena.....
 Tú me has asesinado! ; Adiós, encanto
 Que fuiste de mi vida, adiós hermosa
 Que de delicia el corazón llenabas!
 Por quien tan sólo amaba la existencia,
 Por quien un tiempo ambicioné la gloria,
 Por quien tal vez..... la patria me maldice;
 No te volveré á ver, ni á oír tus voces,
 Ni á contemplar tu célico semblante,
 Ni á estrechar otra vez tu ardiente pecho.
 Adiós, bello jardín, testigo mudo
 De mi infortunio y pasajera gloria!
 Adiós, hermosa fuente cristalina,
 Adiós, flores hermosas que adornasteis
 Mi pecho cuando Elena con sus manos
 Un amoroso ramo me formaba!
 Adiós, oh triste arbusto que mil veces,
 Cuando brillaba límpida la luna,
 Sombra á los dos nos disteis placentero!
 Adiós, céfiros blandos que los rizos
 Besasteis de mi amada; adios por siempre.

Dijo; y bañando en lágrimas la tierra,
 Se alejó de aquel sitio doloroso